

—Esa es la apuesta. ¿A qué hora es mañana la salida de Clotilde y su familia a Texcoco?

—A las nueve.

—Bien.

—Ya sabe usted que el médico es el primero que debe formar la comitiva.

—Estaré en el embarcadero a la hora convenida.

—Corriente.

—Ahora, para no perder instante ninguno al logro de la empresa que he acometido, me dirijo a casa de mi inocente Adela, ansioso de ganarle a usted sus veinte onzas.

—Y yo a agitar la causa del acusado, untando de plata y oro la mano de los encargados de ella.

—Le deseo a usted un feliz éxito—dijo el doctor, alargando la mano para despedirse.

—Igual cosa le deseo a usted.

—¡Ah!, se me olvidaba hacerle a usted una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Continúa usted en la seguridad de que Núñez seguirá guardando el secreto de que se hizo dueño cuando escuchó la conversación que en la Quinta de San Lázaro tuvo usted con los aliados?

—No hay ningún temor por este lado por ahora; pero no por eso debemos de dejar de obrar con actividad en el logro de nuestra empresa.

—Por supuesto. Adiós, amigo Duval: hasta mañana.

—Hasta mañana, doctor.

Y ambos, celebrando su apuesta salieron de casa de Duval donde había tenido lugar este diálogo, y se dirigieron adonde sus bastardas pasiones y sus infernales intereses, exigían su presencia.

CAPITULO XVII

El viaje

En el sitio más árido de México, pasada la ancha y arenosa plazuela de San Lázaro a un lado del lúgubre y aislado hospital que lleva este nombre, se encuentra el estrecho canal que desemboca en la pintoresca laguna de Texcoco.

Al lado de algunas canoas trajineras, llenas de gente y de carga, dispuestas a emprender su marcha, se ve un ligero y largo bote primorosamente pintado, ostentando en

su centro, entre la proa destinada a ocho indios remeros, que, en mangas de camisa, y con el remo en la mano, esperan el instante de empezar a remar, y la popa del timonel, una salita perfectamente cubierta, provista de ventanas a los costados, y adornada de asientos cómodos y decentes.

A distancia regular, y junto a un portal con columnas, donde están los encargados de vigilar aquella puerta de la capital, se ve un coche con las cortinas echadas, dentro del cual permanece una hermosa mujer con la vista fija en el bote, como en espera de alguno.

Muy cerca del estribo se ve a un hombre de aspecto severo, con un levitón color de haba, abrochado hasta el pescuezo, que de vez en cuando se dirige a la portezuela del carruaje para decir en secreto algunas palabras a la que dentro se encuentra.

Son las ocho y media de la mañana.

Multitud de pasajeros indios, cargando en canoas y «tompeates», el almuerzo, y algunas frioleras y encargados, cruzan la arenosa plazuela al paso veloz para llegar a buena hora al embarcadero.

Cada patrón de canoa trajinera los invita a que pasen a su embarcación, colocan lo que llevan en un sitio a propósito, y los pasajeros, por ser el techo de las canoas sumamente bajo, penetran agachándose, en un local incómodo, donde, no bastando los asientos de los lados, se acomodan en el suelo, presando las rodillas de los unos, y sirviendo de alfombra a los pies de los que no encuentran sitio donde colocarlos.

Sólo el bote permanecía sin pasajeros.

El que lo tenía a su cargo había rehusado recibir a varios que lo habían solicitado, asegurando que lo tenía tomado por entero una familia a quien esperaba para llevarla a Texcoco.

En aquel momento se acercó a él un joven de hermosa figura y finos y distinguidos modales, montado en un arrogante caballo, con el airoso traje que usan los mexicanos cuando cabalgan.

La mujer que se encontraba en el coche y que observaba detrás de la cortina se estremeció y se puso pálida.

El hombre del levitón abrochado, que había permanecido próximo al estribo del carruaje, se acercó a la portezuela y dirigió una mirada de inteligencia a la hermosa que tenía fija los ojos en el jinete.

El joven que montaba, bien ajeno de pensar que era el blanco de las miradas de dos personas, que él no veía, hizo

en alta voz al encargado de la canoa, estas preguntas, que recogió con afán y temblando la mujer que lo observaba:

—¿Es éste el bote que va a salir para Texcoco?

—Sí, señor; dentro de un cuarto de hora.

—¿Y va solo?

—No, señor; va con una familia que debe llegar de un momento a otro.

—¿Y qué familia es ésa?

—La del señor don Emilio Landeta.

—¿Y va también su hija, la señorita Clotilde?

—Precisamente; como según tengo entendido, el viaje no se hace con otro objeto que con el de hacerle cambiar de temperatura para que recobre su salud.

—Muy bien; usted disimule mis preguntas.

—No hay de qué, caballero.

—Hasta luego.

—Adiós, caballero.

Y el jinete arrimó las espuelas a su caballo, y se alejó como a unos cuarenta pasos del bote, quedando a la vista del coche, pero sin fijar la atención en él ni en las personas que lo observaban.

—¿Está usted convencida, hermosa Adela, de que la olvidaba a usted Núñez, por la bella protegida de don Emilio?—dijo el hombre del levitón a la mujer del carruaje.

—Sí, doctor—contestó con tristeza la hermosa—. Pero no había necesidad de que se hubiese usted empeñado en que me convenciera.

—Sí, porque es la manera de que la razón triunfe, y deje usted de padecer por un hombre que no sabe apreciar en todo su valor las virtudes y hermosura de un ángel como usted.

—Dios lo ha dispuesto así.

—Estaba persuadido de que no dejaría de seguirla en este viaje, y por eso formé empeño en que viniese usted en coche a tocar el desengaño de su falsía. Yo la hubiera acompañado a usted; pero no insistí en el deseo de venir en el carruaje, por respetar la voluntad de usted, que quiso venir sola para evitar murmuraciones.

Durante este diálogo, Núñez, colocado en el ancho espacio que mediaba entre el bote y el coche, permanecía quieto en su caballo, con los ojos fijos en la plazuela por donde debía llegar la hermosa Clotilde.

Se había propuesto esperar hasta verla embarcarse con los que la acompañaban, dudando aún de que saliese de la capital.

La infeliz Soledad, dominada por el sentimiento de amor, miraba de hito en hito y con los ojos bañados en lágrimas, al hombre con quien soñó ser feliz por toda una eternidad..

Lo juzgaba ingrato y perjuro; lo veía esperando a la mujer por quien la olvidaba, y sin embargo, su corazón latía por él, y lo perdonaba.

Y era que en el pecho de aquella mujer no cabía otro sentimiento que el del amor.

Llamaba a la razón en su auxilio para arrojar del alma el afecto más tierno que embellece la aurora de la vida, y la razón era incompetente para alcanzar el triunfo que buscaba, y que tal vez temía conseguir.

Creía advertir en la fisonomía de su amante, un tinte de melancolía tan espiritual y profundo, que argüía, en su concepto, contra el placer, la impaciencia y la alegría con que se espera a la mujer que se ama.

Tenía mil pruebas de la indiferencia de su ingrato Núñez; pero a la triste creencia de su olvido se asociaba siempre esa vaga esperanza, esa dulce duda que alimenta el alma de los amantes que entretienen su pena, halagando con efímeras ilusiones los bellos deseos que atesoran.

¡Es tan triste soñar con un mundo de inagotables placeres, donde las rápidas horas agitan sus doradas alas cruzando los ilimitados horizontes de la felicidad y del amor, y despertar en el árido y profundo abismo del desengaño y del dolor!

Soledad amaba con toda la fuerza, con toda la intensidad, con toda la plenitud con que ama un alma virginal, por la primera vez; con ese amor espiritual, tierno, sublime, que embalsama la existencia, inundándola de inefables y dulces deleites, como enbalsama y vivifica el límpido rocío impregnado con la perfumada atmósfera que envuelve un cultivado jardín, el tierno capullo de la cándida azucena, que amorosa abre su cáliz para recibir en su seno las transparentes gotas que van a formar una parte de sí misma.

El corazón de aquella mujer era un terreno virgen y fecundo donde había echado hondas raíces la semilla del amor; y no podía menos de acariciar con tierno y púdico cariño las risueñas ilusiones, hojas bellísimas de la flor de la esperanza, radicada en el recóndito sagrario de su amoroso seno.

Amaba, y no podía menos de acoger con benévola sonrisa las halagadoras ficciones que se complacía en presentarle su fecunda fantasía filtrando en su sensible corazón

un rayo de fe que le hacía entrever débil, pero agradablemente, un sincero y compasivo arrepentimiento en su amante, volviendo a su lado, más tierno, más rendido y más amoroso que antes.

Mientras cruzaban por su mente estos pensamientos, era feliz.

Sabía que todo era una ilusión, un sueño... Pero, ¿qué cosa agradable y seductora de las que rodean al hombre fascinándolo con su brillante y seductor colorido, no es sueño e ilusión en la vida?

Veía de nuevo a aquel sér de gallardas formas, de insinuante voz, y de singular presencia que le había hecho presentir en otro tiempo una vida no interrumpida de gozes celestiales; a aquel sér que ejercía sobre ella una influencia irresistible, dulce y poderosa como la luz del sol sobre las plantas; y aunque convencida interiormente de que su esperanza desaparecería como la efímera felicidad de un sueño, no podía resignarse a renunciar a las bellísimas quimeras que engañaban y entretenían la severa esencia de la realidad.

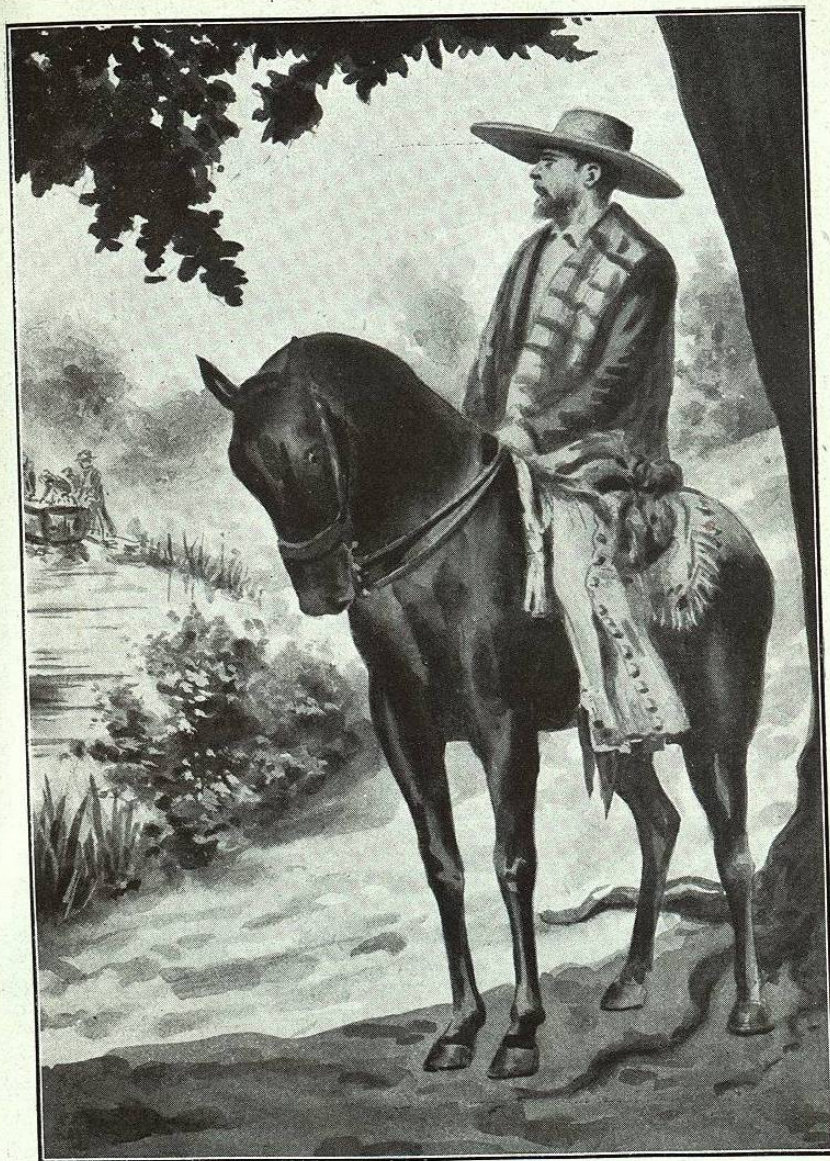
Núñez continuaba a caballo; pero quieto en su sitio, fijos siempre los ojos en la plazuela por donde esperaba que llegase Clotilde y su familia.

Puesto el codo del brazo derecho sobre la cabeza de la silla, y apoyada la barba en la mano, permanecía en actitud melancólica, consagrandose su pensamiento a la mujer que amaba, cuya memoria le acompañaba a todas partes como el aroma a las flores; y bien ajeno de pensar que a distancia de pocas varas de él se encontraba el bien que más amaba sobre la tierra, a quien buscaba por todas partes, quien no había olvidado un sólo momento y por quien hubiera dado la vida.

Este es el mundo; corre el hombre lleno de ardoroso afán a lejanos climas en busca de felicidad; y preocupado con su dominante idea, marcha con la mente y con la vista fijadas en el risueño horizonte de las ilusiones, sin parar la atención en los objetos que a su lado tiene, y entre los cuales se halla tal vez el bien que anhela, alejándose tanto más de él, cuanto más corre en su busca y sueña en encontrarlo.

Un coche que se acercaba por la amplia plazuela de San Lázaro, llamó la atención de Núñez que, dejando su actitud melancólica, se sentó gallardamente en la silla.

El carruaje, tirado por dos arrogantes caballos, llegó al embarcadero.



... permanecía en el mismo sitio...

(Página 243.—Tomo II.)

Poco después desmontaba de él un caballero que se quedó en la portezuela para dar la mano a una señora que bajaba tras él.

Era Landeta.

Soledad se acercó al vidrio de la portezuela de su carruaje para poder ver a la que juzgaba su rival.

La mujer que se presentó era hermosa; pero conjeturó que era la que anhelaba conocer, porque ni su edad ni sus facciones, aunque joven y aun hermosa, correspondían a la filiación que Willey le había hecho de la expósita.

Y en efecto, aquella señora era Inés, la hermana de Landeta.

Este último volvió a alargar el brazo para dar la mano a otra persona que se disponía a bajar.

Soledad fijó otra vez la vista, y a poco vió descender del coche, despacio y con bastante dificultad, a una bellísima joven, de fisonomía interesante y pálida por los padecimientos, pero dulce y tierna como el blanco lirio de los valles.

Soledad reconoció en el instante en aquella hermosa, a la joven que vió en el concierto, y a quien si creyó, por un instante, amada por Núñez, después imaginó lo contrario viendo que éste se retiró de la reunión jurando fidelidad a la mujer que imperaba en su alma.

Pero ahora que lo había visto esperándola; ahora que lo veía a su lado contemplándola sin cesar, no dudó ya de que Clotilde era quien le robaba el cariño del hombre que debió unirse a ella, y que el haberse ausentado del concierto, reconocería sin duda alguna orden recibida de la hermosa a quien anhelaba complacer.

Este pensamiento, que en ella era como una verdad evidente, le hizo sufrir horriblemente; y anhelando apurar hasta la heces la copa del desengaño, casi al mismo tiempo que tenía fijos los ojos en la hermosa que bajaba del coche, los dirigió a Núñez, que hizo un movimiento de satisfacción al ver a Clotilde que descendía del carruaje.

Soledad tradujo aquel movimiento de placer, por satisfacción de amor, y sintió en su pecho una opresión mortal.

—¡No hay duda..., es ella..., es mi rival! ¡la dichosa rival que posee el amor que fué en un tiempo mío! ¡Es muy hermosa...! ¡Sí, muy hermosa! ¡más hermosa que yo! ¡Ella me ha robado el corazón del hombre que era el encanto de mi vida! ¡el ensueño constante de mi felicidad..., el centro de atracción en que giraban todos mis deseos, todas mis aspiraciones..., todas mis esperanzas! ¡Y sin embargo, yo

no siento odio ni rencor hacia esa mujer que me arrebató de un golpe las ilusiones todas de mi vida! ¡No; yo no la aborrezco! ¡Qué culpa tiene ella de que Núñez me haya abandonado al verla rodeada de celestiales atractivos! ¡Qué culpa tiene ella de que en mí no haya encontrado mi perjurio amante todos los encantos, todo el atractivo, el indisputable mérito con que la naturaleza ha dotado con prodigalidad a la que hoy cautiva su alma y sus sentidos!

Y la hermosa Soledad se enjugó las lágrimas que arrancaban la tristeza, la ternura, el dolor y el sentimiento.

Entre tanto, Clotilde, conducida por Landeta y seguida de la compasiva Inés, se dirigió al bote.

Willey se aproximó a la portezuela del carruaje en que estaba Soledad y le dijo:

—¿Está usted convencida de la infidelidad de Núñez?

—Sí, doctor —contestó con ahogado acento y secándose el llanto, la desgraciada joven.

—¿Y es digno del cariño de usted, del amor de un ángel, el hombre que envenena y desgarró con su olvido y su desprecio el tierno corazón de una inocente y candorosa niña?

—No; de ninguna manera...; ¡conozco que lo debo olvidar..., que debo arrancar para siempre de mi pecho su memoria!

—Esa resolución es digna de un corazón virtuoso como el de usted. Adiós, hermosa Adela. A mí solo me esperan para emprender el viaje; marche usted, y mañana estará de vuelta para admirarla, consolarla y decirle cuanto ocurra entre Clotilde y su rendido amante Núñez, que, sin duda, la seguirá a Texcoco.

Soledad alargó su blanca y trémula mano a Willey, para despedirse de él.

En aquel instante llegaba otro coche al embarcadero.

Un hombre bajó de él y penetró en la canoa, donde fue recibido por Landeta con las demostraciones más íntimas de afecto, y con un saludo de pura política, de parte de Inés y de Clotilde.

Aquel hombre era Duval.

Núñez se estremeció de indignación al verlo, y en su rostro se dejó ver un gesto de disgusto.

Aquel malvado era el rival de su amigo Leopoldo y el verdugo de la honra de su padre.

Núñez conocía que aquel viaje era invención de Duval, para alejar a Clotilde del lado de Leopoldo, y aunque estaba convencido de que con una palabra suya podía des-

truirlo y salvar a su amigo, se detenía ante la consideración de que la acusación contra aquel malvado sería la sentencia de muerte de Ricardo, del amante de Inés, del padre de Clotilde, si acaso eran ciertas las palabras de Duval.

Núñez enmudeció ante aquella consideración y esperó, como había esperado hasta entonces, una ocasión favorable para revelar aquel secreto, que no se había atrevido a confiar ni al mismo Leopoldo, temiendo una imprudencia.

El doctor, que había visto llegar a Duval, volvió a dirigir algunas palabras a la afligida Soledad; acarició entre sus manos la que la joven le tendía con gratitud, y se dirigió hacia el bote.

Los remeros tomaron en sus robustas manos los remos, y el bote empezó a deslizarse suavemente.

Núñez, montado en su caballo, permanecía en el mismo sitio, fija la vista en los viajeros.

Soledad le envió a través de los cristales del coche una mirada; y al ver que no apartaba los ojos de la hermosa Clotilde, que iba sentada en el primer asiento de popa, mientras para ella no tenía ni un recuerdo, exhaló un suspiro y dió orden al cochero de que la condujese a su casa.

El cochero azotó a sus mulas, y el coche dió vuelta con dirección a la ciudad.

Soledad volvió aún los ojos hacia el embarcadero, y vió a Núñez que permanecía en la misma postura, fija su mirada en el rumbo que llevaba Clotilde.

La joven se sintió inundada de una tristeza mortal, y sintió que se agolpaban a sus ojos las lágrimas, arrancadas por el sentimiento que causa la ingratitud del sér que se ama.

Sin embargo, aun quiso ver por la última vez al hombre que juzgaba infiel; pero el coche se encontraba ya a larga distancia, y no alcanzó su anhelo.

—¿La seguirá a Texcoco o volverá a la capital dentro de un instante?—pensó Soledad.

Y como si de lo segundo dependiese su tranquilidad y su ventura, aun volvió a mirar por la portezuela hacia el rumbo de San Lázaro.

Pero sus ojos no alcanzaron a ver a Núñez.

El carruaje había cruzado ya varias calles y la infeliz sólo vió a su alrededor gentes indiferentes a su pena.